

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 7 DE AGOSTO DE 1921

NÚM. 19.504

UN MANANTIAL DE FRESCURA —LA OBRA DE CARL LARSSON—

les, est une œuvre de choix qui veut beaucoup d'amour.

Y este vano anhelo vislumbrado como un sueño imposible por el genial y atormentado fauno, él, el buen artista, buen hombre, lo realizó desde un principio a fuerza de sencillez y amor.



Un amor inmenso, absoluto y cerrado con gruesas barreras que no dejan ni salir ni entrar nada; un amor que quiere para sí toda la dulzura del jardín matutino, húmedo y brillante de rocío, y toda la intimidad del crepúsculo dentro de la casa cómoda y ordenada; un

amor que guarda con tal intensidad la mujer, los hijos, los objetos, las flores, los actos y los gestos de todos, que no le quedan fuerzas para ir en busca de nada más... Y no es que el artista temiese, al asomarse hacia afuera, perder algo del fervor de su amor absoluto, no; su abrazo, desde el primer día, le entregó para siempre, y su fe en sí mismo era inquebrantable. Pero sabía que nada por el mundo, ni las más elevadas inquietudes, ni los más sublimes desgarramientos, ni las más inefables conquistas, había de darle esa plenitud de goce que le daba su alegría cotidiana y sencilla.

Fué un sabio; se supo contentar con lo que tenía al alcance de la mano, y supo enriquecerse con la riqueza que para su amor manaba de todo cuanto vibraba en su derredor: seres y cosas. La vida, en torno suyo, fluía hacia él como hacia el hada madrina que convierte en gemas deslumbrantes las más humildes calabazas. Por esto no necesitó idealizar; su amor se manifestó en tranquilos effluvis de ternura, sin agitaciones y sin vacilar, siempre igual a sí mismo, desde el primer apunte hasta la pintura final. Y «La casa del sol», título general bajo el cual fueron apareciendo metódicamente sus álbumes, no se sabe a punto fijo si era el nombre de su casa, el de su obra o el de su castillo interior.

¿A qué, entonces, sensaciones inauditas, ni realizaciones torturadas? Lo cotidiano y lo sencillo no se ven por las cumbres; la magnificación de lo humilde está en su misma humildad; con los medios que ponía a su alcance el más humilde y — hasta el — más insulso oficio del arte, la acuarela, Larsson ha ido diciendo, con la mayor belleza, día tras



EL DESAYUNO DE LA DORMILONA.—ACUARELA DE LARSSON

HACE poco más de dos años que falleció Carl Larsson, después de setenta años de felicidad en su obra y en su vida. En el mundo del arte, en donde los triunfos suelen llegar tarde—y a menudo, demasiado tarde—, y en donde las creaciones más puras tienen que abrirse camino a fuerza de soportar desprecios y privaciones, la aventura terrestre del célebre artista sueco presentase, en su camino fácil y siempre triunfador y siempre florido, casi como un cuento de hadas; un cuento ingenuo, fresco y sencillo.

Pocos artistas, en vida, tan universalmente amados.

Y, sin embargo, el día que faltó, la evolución artística, lo que enfáticamente se llama el progreso del arte, no perdió nada, y, a lo largo de su dilatadísima obra, nada trajo de nuevo a nuestras sensaciones. Su muerte no privó al arte ni de un revolucionario que abriese con su visión nuevas rutas a nuestras emociones, ni de un precursor cuyo genio enseñase a nuestro ideal horizontes desconocidos. De no haber existido Carl Larsson por el mundo de las realizaciones plásticas, este mundo nuestro no sería ni más estrecho ni más atrasado. ¿Entonces? Pues entonces sería más pobre, infinitamente más pobre y más triste, y nos faltaría, para apagar nuestra sed de certidumbre, uno de los más claros manantiales. Y es que Larsson, que no se cuidó nunca de inquietarse, y mucho menos de exaltar inquietudes, nos ha dado con su obra este goce humilde e inapreciablemente rico: la visión de la paz interior.

Fué un buen artista y un buen hombre, demostración palpable de las palabras del Pobre Leían:

La vie humble aux travaux ennuyeux et faci-

día y hora tras hora, las actitudes y las menudencias que los momentos del hogar iban poniendo en la paz de su horizonte estrecho e ilimitado.

Los niños que se levantan, que se acuestan, que juegan o que estudian; el mayor, que monta a caballo; la más pequeña, que llora cuando la lavan, y aquella que toca el piano. Las travesuras en el dormitorio alto, que huele a campo y a madera fresca; y las jovencitas que cosen, leen, ponen la mesa, con un ramo de flores silvestres entre la vajilla blanca, o, patriarcalmente, hilan y hacen manteca. Y los pequeños grandes acontecimientos que rompen la monotonía de la existencia inefable: los días de Navidad, en que se prepara sobre la mesa grande del comedor el pantagruélico aparato de tazas, vasos, frutas, pasteles, tortas y gansos y pavos dorados; los días de santos o de cumpleaños, en que los niños se disfrazan con coronas de flores y barbas de algodón en rama para ir a sorprender, muy de mañana, a los padres, todavía dormidos; los días en que toda la familia se reúne, bajo el manzano grande que hay delante de la casa, para preparar las frutas para el dulce casero que durará, por lo menos, hasta las manzanas del año siguiente. Y también los días en que se va de pesca, y hasta los días en que «Susana» languidece, convaleciente, en su camita blanca, con su trenza negra medio deshecha encima de la almohada y unas flores de tonos vivos encima de la mesilla; y los días en que «Lisbeth», la perezosa, tiene,

nieves eternas de su compatriota Fjaestadt, podría dar una impresión de raza y vida de país del Norte como estas páginas ingenuamente verídicas de «La ci-

tencia eminentemente caracterizada. Es el romanticismo cándido de aquella página titulada «Dieciocho años!», en que una jovencita, vestida de blanco, muy

graciosa, pero que tiene el encanto indefinible de lo que es—y más aún moral que físicamente—, muy robusto, muy fresco y muy sano. Es el *comfort* sólido y abundante; un *comfort* que no es lujo refinamiento, pero que revela una superioridad en la cotidianidad de la existencia desconocida en los países en que el aire y la nieve no hacen que la casa sea, en verdad, el nido que cobija y abriga.

Se hojean los álbumes, casi distraídamente al principio; luego, poco a poco, siéntese uno *cogido* por la invisible, latente ternura que desprenden, y, al final, totalmente subyugados por esta sencillez elevada hasta la máxima exaltación del arte, se piensa algo nostálgicamente en la única sensación vivida capaz de resumir, con el mismo sabor, tantas evocaciones: un paseo, en una noche de Navidad, por una pequeña y antigua ciudad sepultada bajo la nieve; un paseo, en que, por callejuelas inmaculadamente blancas y desiertas, bajo los techos puntiagudos de las casas estrechas, se oían sin cesar los coros familiares ensalzando al abeto tradicional, y en que, tras las ventanas principales de todas las casas, se vislumbraban, apenas disimuladas por los dobles cristales, las lucecitas temblorosas del árbol engalanado.

Sí, para nosotros, para los que somos de *acá*, obra de evocaciones muy distantes, y hasta exóticas, pero de añoranzas muy íntimas dentro de su exotismo. Y para todos, obra sana, obra ecuaníme,



por haberse levantado tarde, que desayunarse sola y enfurrugada.

Sus hijos, su madre, su mujer, sus criadas, sus casas, la de la ciudad, que heredó de sus padres, y la del campo, que él mismo ha levantado y cuyos muebles ha construido él mismo en ese taller de carpintería que tiene un ventanal desde el que se domina todo el lago: todo lo conocemos, y a él al mismo tiempo. Pero a él, no es sólo porque, como era lógico, aparece a menudo en las escenas familiares, trabajando o jugando con los chicos, sino porque, en los *Offizi* de Florencia, en la sala de los gloriosos autorretratos de los más grandes maestros de todas las épocas y todos los países, se encuentra también, pintada en fuerte y valiente pasta, la figura jovial, dulcemente humorista e incomparablemente sana, del artista sueco.

¡Obra sana y obra muy lejos de nosotros! Casa ciudadana de Falun, o rústica vivienda de madera edificada con tanto cariño en Sundborn: la vida que en ellas se desliza es siempre *de allá*, de otras tierras, de ambiente norteno, tremendamente distante del nuestro. Nada, ninguna obra, ni siquiera aquella de

sa del sol» que afirman, casi insensiblemente cada una, pero incontrastablemente en conjunto, y, sobre todo, *completamente*, una modalidad peculiar de exis-

blanca ella y muy rubia, sonríe vagamente con flores en la mano, ante la puerta con la inscripción de paz. Muchachita que no es guapa, que es apenas



santa, por su continua acción de gracias por lo que la vida puso al alcance de su creador: lo más cercano y lo más hondo.

En la última Exposición universal celebrada en Roma antes de la guerra, Larsson compartía con algunos, muy contados, artistas el honor de tener para sí sólo una sala particular. Era el año en que Mestrowie se revelaba, el año en que Rodin, y Zuloaga, y Brangwyn, y Anglada Camarasa tenían en la Ciudad Eterna cada uno gran número de obras que afirmaban la pujanza de su genio y su originalidad. Larsson, en su sala llena de luz, no pretendía originalidad ninguna, y sus obras no escucharon las apasionadas discusiones que brotaban en torno a los demás. Ni sugestionaban, ni se entregaba uno a ellas con la violencia de un reto. Pero, después de abrazarse en la admiración hacia otras como en una hoguera, venía uno hacia ellas para refrescarse en su contemplación como en un manantial. Y junto al palpitante de las pasiones y las inquietudes, su certidumbre, siempre cándida y lozana, parecía afirmar, como el bien máspreciado: «Paz en la tierra al hombre de buena voluntad.»

Margarita NELKEN

Dibujos de LARSSON.

POEMAS MELANCÓLICOS

La niña rubia

Yo admiro tu encanto, yo admiro tu gracia,
¡oh, pálida niña de la aristocracial!

Yo temo tus negros ojos llameantes;
quiero tu rizada cabellera blonda,
y miro en tus manos los claros diamantes,
y siento en mi alma tu tristeza honda.

Yo admiro tu encanto, yo admiro tu gracia,
¡oh, pálida niña de la aristocracial!

Cielo gris

En la nostálgica poesía
que hay en tus ojos tristes y grises
veo esa pálida tristeza fría,
copia del cielo de otros países.
Los ojos tristes de color gris:
—cielo de Londres y de París—.

El recuerdo de la amada

En el infortunio de mi vida incierta,
cuando alguna pena de mi vida arranco,
¡evoco a la amada pálida y ya muerta
que se fué en un féretro blanco!

Fué una tarde triste de invierno. Caía
pertinaz la lluvia sin fin.
Y en aquella tarde tan triste se oía
la queja de un viejo violín.

¡Corazón distante de todas las cosas!
¡Corazón doliente por todas las penas!
Para ti mis rosas,

lirios

y azucenas.

Armando BUSCARINI

UNA BELLA PLAZA EN PELIGRO LA CASA DE LOS SALVAJES

PLÁCIDOS rincones castellanos son esas dos plazas del Conde de Miranda y del Conde de Barajas, unidas por el breve pasadizo que cubre un arco parejo de aquellos que ennoblecen los vetustos lugares de las históricas ciudades castellanas.

Ya no existe en la primera de aquéllas la mansión que la dió su nombre. La casa del preclaro linaje de los Zapatas, famoso en los anales de Madrid, apellido de un célebre comunero madrileño y de Rodrigo Zapata de León, llamado el capitán de la bandera de la sangre, que fué el primero que plantó el pendón de España en los muros de San Quintín. Esa casa fué habitada por el singularísimo duque de Riperdá, gran mudador de países y de religiones, que fué ministro de Felipe V durante la temporada que ejerció de español y de católico. Fué más tarde esa mansión vivienda del fastuoso comisario general de Cruzada D. Manuel Fernández Varela, insigne protector de las Artes y a quien se debe que Cervantes tuviese el primer monumento de esa especie que se levantó en Madrid.

Aún quedaba otro prestigio histórico a la vieja casa de los condes de Barajas, después de haber sido testigo de las opulencias del comisario Varela, que vivía como un príncipe del renacimiento italiano. Y fué cuando, en 1854, triunfante la revolución de julio, sirvió de aposentamiento al duque de la Victoria, que había llegado a Madrid triunfalmente, recogiendo los frutos de la vicalvarada, cuyas consecuencias habían ido más lejos de lo que debieron pensar O'Donnell y Dulce.

Pero si la plaza del Conde de Barajas ha perdido mucho de su aspecto tradicional, en cambio, su inmediata, la del Conde de Miranda, ofrece todavía todo su encanto secular. De un lado, el convento de las Jerónimas del Corpus Christi, vulgarmente llamado de las Carboneras, que fundó la condesa del Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza: ese monasterio, cuya iglesia tiene todavía en su puerta una tablilla donde se prometen indulgencias a quien allí rece un Padrenuestro por las almas del Gran Capitán y de su mujer.

La plaza toma su nombre del Palacio de los Salvajes, que fué también del mayoralazgo de D. Juan Zapata y Cárdenas.

primer conde de Barajas de Madrid, y que luego pasó a ser propiedad de los condes de Miranda y del Montijo. Es esa casa que, aun últimamente, y hallándose en ella establecida la Escuela Superior de Guerra, aumentó tristemente su fama legendaria con un episodio tan terrible como el crimen del capitán Sánchez.

Pero de los tiempos en que fué residencia de sus nobles poseedores, su mejor recuerdo es de cuando fué habitada por el más esclarecido de sus dueños,

de Serenísimas Señorías como de Majestades Cristianísimas.

El siguiente día, miércoles 14 de mayo, había de ser una fecha memorable. Venía Enrique IV de oír misa en los Fuldenses, a las diez de la mañana, y se encerró en su gabinete. Su hijo natural, el duque de Vendome, entró a verle y a rogarle que no saliera del Louvre, porque el astrólogo La Brosse había anunciado que al rey de Francia le esperaba aquel día un gran peligro. Igual súplica hizo al monarca la reina, y lo mismo

sar en el crimen de un regicida creía el pueblo parisiense que se trataba de una acometida hidalga y frente a frente, que el caballero español había dirigido al monarca francés.

Don Inigo, que ostentaba los títulos de señor de Loeches y alférez mayor de Madrid, volvió a esta villa, de donde era natural, y habitó hasta su muerte, que aconteció el año 1617, en estas casas de su propiedad, donde alternaba su residencia con la hermosa quinta de Carabanchel: la que fué poco después una

de las prisiones del duque de Osuna, y todavía en el siglo XIX ha presenciado las fiestas suntuosas en las que triunfaban por su belleza y por su gracia sus dos hijas, que habían de ser: la una, duquesa de Alba, y la otra, emperatriz de los franceses.

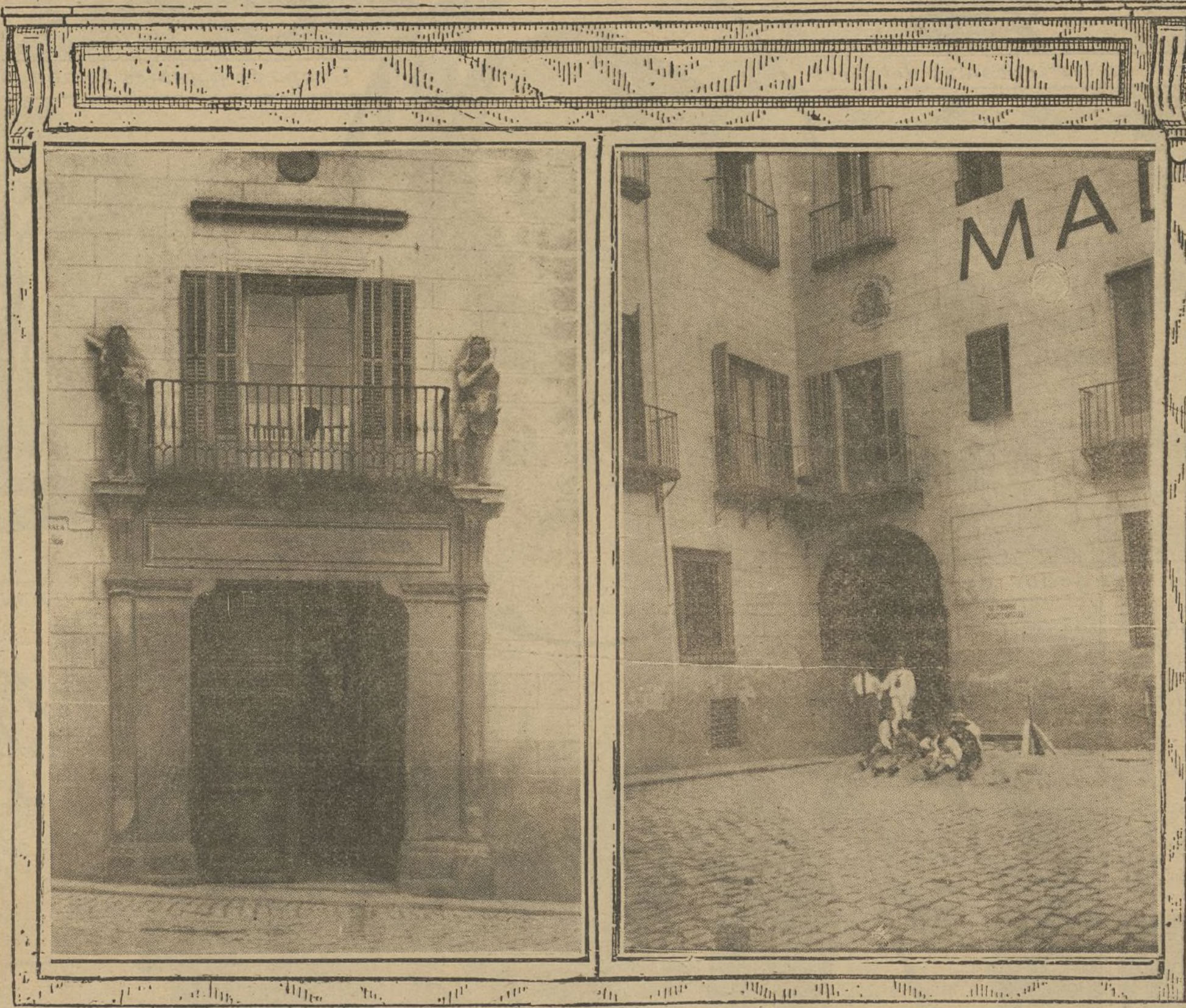
Y ese hermoso palacio de D. Inigo de Cárdenas, que tan admirablemente armoniza la belleza de la plaza del Conde de Miranda, al quedar sin destino por haberse trasladado la Escuela Superior de Guerra al edificio propio que ha hecho construir en la calle de los Mártires de Alcalá, sugiere el temor de que pueda desaparecer y ser horriblemente sustituido con cualquiera de esas abominables construcciones a la catalana con que se insulta la severa y solemne belleza de nuestras ciudades.

El Palacio de los Salvajes no puede, no debe desaparecer. La vieja plaza del Conde de Miranda no sufrirá el oprobio de sentirse des-

trozada por el vandalismo actual. El Estado, que continuamente adquiere terrenos y levanta edificios para sus múltiples servicios, tiene la ocasión de adquirir para cualquiera de ellos esa vasta mansión, sólida y duradera, y conservarla como merece el respeto a la tradición y a la belleza, que distingue a las ciudades de abolengo de las improvisadas por una población de advenedizos.

El continuado error del bárbaro siglo XIX, fatal en la historia de las Artes, que destruía los monumentos y los desfiguraba estúpidamente, no es posible que sea prolongado en esta época en que un renacimiento del buen gusto y del perfecto sentido artístico rectifican y reparan, en cuanto es posible, los absurdos de una larga época desdichada.

Pedro de REPIDE



D. Inigo de Cárdenas y Zapata. Este hombre, dotado de un singular ingenio, representó muy dignamente a España como embajador en la República de Venecia, y luego en la corte de París, donde se hizo célebre por algunas frases altivas y agudas que cruzó más de una vez desenfadadamente con el rey Enrique IV.

El día 13 de mayo de 1610 fué María de Medici consagrada en San Dionisio, para que el día 15 entrara en la capital de Francia como soberana que había de regir el reino con amplios poderes mientras el rey, su esposo, se hallara en la campaña de Alemania, para la cual debía partir muy pronto. Y la solemnidad de esa ceremonia fué turbada por una ruidosa querrela que promovió, delante de la corte, con el embajador de Venecia el de España, D. Inigo de Cárdenas, a quien así se le daba un ardite

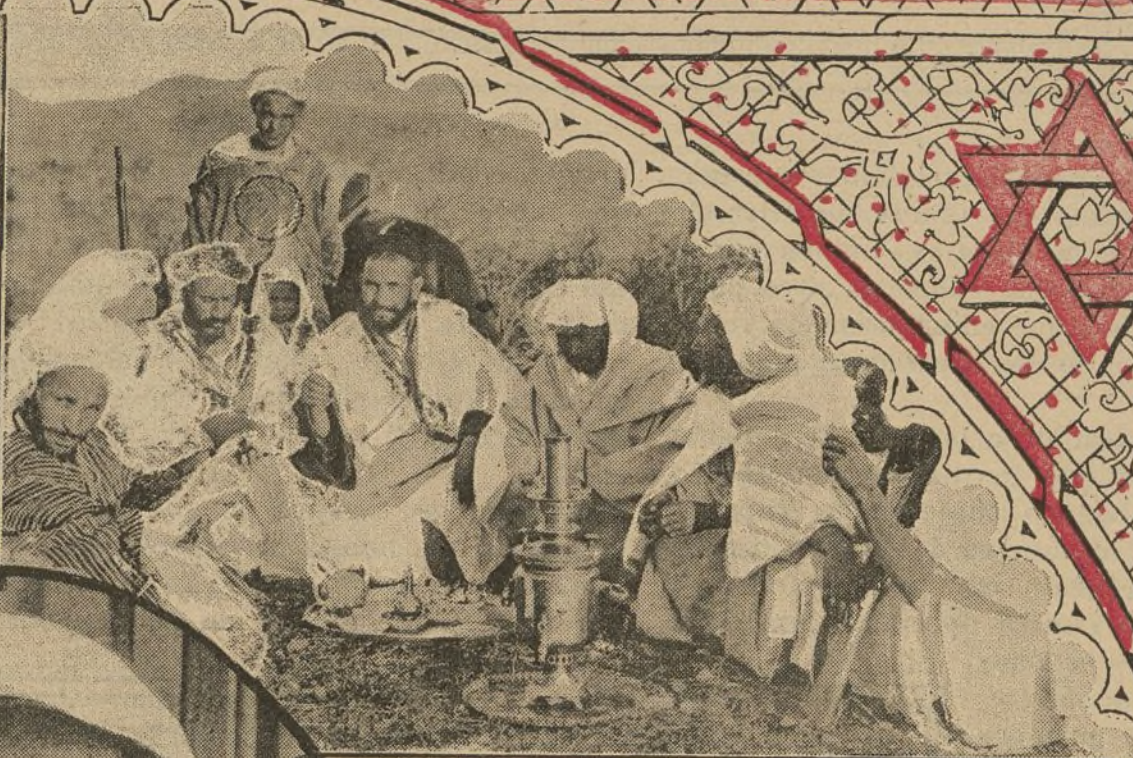
le contestó a ella que al duque de Vendome, diciendo que La Brosse era un viejo taimado, que lo que pretendía era sacar algún dinero con sus profecías. Un libro alemán de astrología marcaba la muerte de Enrique IV para el año cincuenta y nueve de su edad; y en España, el teólogo Oliva había también señalado ese acontecimiento para 1610. Pero el rey de Francia salió de su palacio aquel día para ver a Sully, que estaba enfermo en el arsenal, y al pasar en su coche por la calle de la Ferroniere, cerca del cementerio de los Inocentes, fué asesinado por Ravaillac.

La voz primera que corrió por París fué la de que quien había matado al rey era el embajador de España; y se levantó un gran tumulto popular contra D. Inigo de Cárdenas, hasta que se puso en claro la verdad. Tal era su fama de hombre arriesgado, que antes que nen-

TIPOS Y COSTUMBRES DEL RIF



Un zoco en las cercanías del Kert



Grupo de notables tomando el te.



Un vendedor de frutas.



Un kabileño.



Niñas y niños nómadas



Niña mora de Beni-Sicar.



Un día de mercado en las cercanías de Melilla.



Niño moro de Beni-Sicar.

PERLINA Y TITILÍN

PERLINA era una niña muy mona que vivía con su madre y con un gato llamado Ratón. Un día, la madre murió; el gato, sin duda, al ver que no quedaba nada que comer en la casa, saltó por la ventana y desapareció, y Perlina se quedó sola.

Después de llorar mucho, la pobrecilla se resolvió a hacer como el gato y marcharse también en busca de fortuna, o, por lo menos, de alimento. Delante de la puerta de la casita había tres rosales, único tesoro de Perlina. Cogió una rosa de cada uno: una rosa blanca, una rosa roja, una rosa amarilla, y echó a andar con este ligero equipaje.

Al cabo de algunas horas, al pasar por un bosque, se encontró con una vieja y le pidió que le diera un pedazo de pan.

—Soy tan pobre como tú—dijo la vieja—; sólo puedo darte esto.

Y le regaló un puñado de avellanas.

No era mucho alimento para un estómago de quince años; sin embargo, Perlina la dio las gracias y se sentó bajo un árbol, disponiéndose a comer. Se comió todas las avellanas pequeñas, reservando para postre cinco que había muy gordas. Pero al partir la primera de éstas quedó asombrada: de la avellana acababan de surgir dos zapaticos de cristal, que dieron unas vueltas alrededor de Perlina y luego desaparecieron por los aires.

Riendo como una locuita, Perlina cogió la segunda avellana; de ella surgió un vestido de gasa plateada, muy lindo, que tomó el mismo camino que los zapatos; de la tercera salió un gorrito de tul de oro; de la cuarta—¡oh, maravilla!—surgió una carroza diminuta de madera de sándalo, forrada de rojo malva y tirada por cuatro saltamontes; un escarabajo majestuoso hacía oficio de cochero, y dos mariquitas estaban en la traseña, a guisa de lacayos. No bien salió de su prisión, la carroza desapareció al galope.

Perlina, cada vez más maravillada, dudó un instante antes de partir la quinta avellana; en el mismo momento, las dos cáscaras se abrieron solas, y un hombrecito del tamaño de un dedo meñique surgió; vestía un traje de raso carmesí y llevaba una pluma más alta que él en el gorro y una varita adornada con cascabeles de plata en la mano. Hizo una profunda reverencia a la niña, que se había quedado boquiabierta, y dijo con aguda voz:

—Me llamo Titilín; he venido a buscaros para llevaros a mi palacio, que os pertenece como yo, pues soy vuestro rendido esclavo.

Agitó su varita, y al instante el vestido de gasa acudió y envolvió el cuerpo de Perlina, mientras que el gorro de tul de oro cubría sus cabellos rubios y los zapaticos de cristal calzaban sus menudos piecitos.

—Ya estáis vestida con la elegancia que corresponde a mi palacio—declaró el hombrecito.

Volvió a agitar su varita de cascabeles y la carroza acudió al galope, como se había ido; pero había crecido: cuatro caballos verdes reemplazaban a los saltamontes; el escarabajo se había tornado cochero de carne y hueso, y en el lugar de las dos mariquitas había dos lacayos vestidos con traje de raso rojo y ostentosos botones de terciopelo negro.

Titilín hizo subir a Perlina, estupefacta, y la carroza se elevó por los aires, que es el medio de locomoción más rápido, más seguro y más suave. Os aconsejo que lo intentéis cuando tengáis ocasión.

A los pocos segundos se apearon ante el palacio de Titilín, que era de nácar sonrosada y de un tamaño correspondiente al de su dueño; pero al acercarse Perlina, los muros se elevaron y las puertas se ensancharon de tal suerte, que pudo entrar sin dificultad.

—Ya estáis en vuestra casa, señora—dijo Titilín—. Cuando necesitéis algo, no tenéis más que dar tres palmadas, y seréis servida; en cuanto a mí, permitid que me retire a dormir, según mi costumbre.



Siempre que queráis me hallaréis en el jardín.

Se inclinó y besó la mano de la nueva dama; luego se metió en las cáscaras de avellana, de las que no se había separado, y desapareció rodando.

Perlina tenía tanta hambre, que se apresuró a dar tres palmadas, y en el acto apareció ante ella una mesa cubierta de viandas salrosas, dulces y frutas. Luego de saciar su apetito recorrió el palacio, que era magnífico; escogió la alcoba más lujosa, se acostó y se durmió hasta el día siguiente.

Al cabo de una semana de vivir en el palacio, Perlina empezó a aburrirse de estar siempre sola; de buena gana hubiera dado todo aquel lujo y aquellas comodidades por tener con quién hablar, y se resolvió a ir a pedir a Titilín que le hiciera compañía.

Le encontró en el jardín, durmiendo en su avellana.

—¿Qué tal os encontráis en vuestra nueva residencia?—le preguntó él.

—Muy bien; pero...

—¡Ah! Ya veo lo que os falta. Os aburrís de llevar siempre el mismo traje—interrumpió el hombrecito—. Mañana, al despertaros, será cumplido vuestro deseo.

Dicho esto, tornó a encerrarse en su avellana, y Perlina oyó tan sonoros ron-

quidos, que no se atrevió a protestar, y volvió al palacio.

A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, vió entrar en su habitación doce vestidos a cual más lujoso y elegante. Pasó tres días probándose los y mirándose en todos los espejos. Luego volvió a aburrirse, y fué a buscar a Titilín.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó el hombrecito, desperezándose.

Perlina no sabía cómo expresarse, y se miraba la punta de los pies. Titilín creyó adivinar su pensamiento.

—¡Ah, vamos!—exclamó—. Soy imperdonable. ¡Haceros llevar tanto tiempo el mismo par de zapatos! Tenéis sobrada razón; mañana, al despertaros, hallaréis cumplido vuestro deseo.

Y se durmió tan de seguida, que Perlina no tuvo tiempo ni de protestar.

A la mañana siguiente se encontró alrededor de su cama doce pares de zapaticos de todas las formas: los había de raso, de tisú, de piel, de cristal, de nácar, ¡qué sé yo! Se los probó todos, y como nada anima a la danza como un calzado bonito, se puso a bailar. Pero el bailar sola carece de atractivos, y al cabo de un momento Perlina fué en busca de Titilín, resuelta a pedirle que le sirviera de pareja.

El hombrecito, al oírla llegar, bostezó, abrió un ojo y exclamó:

—Ahora, como siempre, adivino vuestro pensamiento: os faltan alhajas que hagan resaltar la elegancia de vuestros vestidos y vuestra propia belleza; tengo sumo gusto en complaceros.

Mañana, por la mañana, hallaréis tantos collares y pulseras como pueda desear la reina más ambiciosa.

Se volvió a dormir; pero esta vez Perlina estaba tan furiosa y tan aburrida, que resolvió no permanecer más tiempo en aquel palacio solitario.

Fué a su habitación, cogió las tres rosas que había traído y conservado y huyó a todo correr.

Pero ya en la carretera se detuvo sin saber por dónde volver a su antigua casita.

—Mis rosas me indicarán el camino—pensó.

Y las echó al aire; las rosas cayeron al suelo, y de cada una salió una mariposa blanca que fue volando tan despacio, que Perlina las siguió sin dificultad.

Y así llegó a su casita. Los tres rosales habían crecido de tal modo, que la envolvían toda; pero al acercarse Perlina se apartaron, y pudo entrar. La lumbre estaba encendida, y junto al hogar el gato Ratón estaba acurrucado, y lanzó un suave maullido de alegría al ver entrar a su ama.

Perlina estaba encantada.

—Más me vale la compañía de un gato que la de un hombrecito, por muy lindo que sea, si está durmiendo siempre metido en una avellana—pensaba.



Cuando tuvo hambre, dió maquinalmente tres palmadas, y una mesa abundantemente servida apareció ante ella.

—Por lo visto— pensó sorprendida—, Titilín sigue acordándose de mí y protegiéndome desde lejos.

Luego se acostó, se durmió y soñó. Soñó que Titilín, solo en su avellana, lloraba su marcha y su ingratitud. Al despertarse, se echó a llorar, arrepentida.

—He sido muy mala con Titilín, que me había regalado un palacio tan hermoso y tantas cosas preciosas. Me he marchado sin despedirme siquiera.

En el mismo momento oyó un ruido de cascabeles, y se precipitó a la ventana; la carroza de Titilín se paraba delante de la puerta y el hombrecito entraba en la casa.

Se inclinó delante de Perlina, y de pronto he aquí que crece, crece hasta llegar a ser un caballero de tamaño natural.

Y mientras Perlina le miraba, abriendo unos ojos enormes, el gato Ratón dió un salto y se transformó en una dama bellísima, vestida de rosa.

—Soy el hada de las rosas—dijo—. He

querido protegeros: a ti, Perlina, por lo bien que cuidaste siempre de los rosales de tu puerta, y a ti, Titilín, para vengarme del brujo del Heliotropo, que te había transformado en un enanito dormilón y encerrado en una avellana. Por eso tomé la forma de una vieja, para regalar las avellanas encantadas a Perlina, y la del gato Ratón, para volver aquí.

Dicho todo esto, saludó graciosamente y desapareció.

Perlina no había comprendido muy bien toda esta historia complicada y

fantástica; pero, ¿qué le importaba, puesto que Titilín, humildemente arrodillado, le pedía su mano y le ofrecía, en cambio, su palacio, sus riquezas y su corazón?

Vivieron muy dichosos y dieron grandes festejos y magníficas comidas. A los postres, siempre se servía una fuente llena de avellanas en dulce, y los dueños de la casa relataban entonces sus extraordinarias aventuras a sus invitados maravillados.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

FIGURAS LITERARIAS DE PARIS

MAUCLAIR, EL PRECURSOR

A Mauclair pudiera aplicarse el dicho de Bernardo de Trevisano, luego de consumir éste su existencia en los misterios de la crisopeya, de que «para hacer oro es necesario oro»; pero bien está el advertir que por obra de su aptitud y condición especulativa, Mauclair ha dado forma a un nuevo arte, el arte de la crítica que Wilde juzgaba como una manifestación estética más entre las expresiones de la belleza, y acaso se produjera tal fenómeno porque Mauclair, al traducir en un nuevo modo su impresión de las cosas bellas y de tal forma interpretar la vida artísticamente, convertía su cerebro en corazón.

Decía Clarín, con aquella su admirable perspicacia, tan atinada y justa, que si la crítica se practicara como una religión, los críticos serían casi siempre mártires, y a tal propósito, nos atrevemos a afirmar que Camille Mauclair, el precursor (precursor, porque hubo un tiempo en que supo determinar una época, ateniéndose a las personalidades más que a los principios, que luego fueron valorados justamente), tuvo siempre su misión como un culto, y por ello pasó por la situación de sacrificado, sin duda por comprender demasiado a los demás, intensificando a la vez su propia personalidad.

Una de las grandes amarguras del crítico, afirmaba también el autor de *La Regenta*, es la de tener que estar muchas veces de acuerdo con los envidiosos, y en tal punto comienza la virtud del sacrificio: virtud que en Mauclair ha sido como pomposa flor cultivada con amorosa solicitud, cuya lozanía ha sabido ofrecer luego en toda su obra.

Recordad las palabras con que se abre el estudio acerca del *Impresionismo*. El objeto de este libro es presentar simplemente las ideas, las personas y la labor de un considerable grupo de artistas que no han podido ser conocidos debidamente a causa de condiciones varias y sobre las que se han formulado errores diversos. ¿A qué condiciones alude el crítico? A la oposición y resistencia de escuelas dichosamente arrumbadas ya. ¿A qué errores se refiere? A los juicios provocados por los incapaces para comprender a Manet, Monet, Sisley, Renoir, Degas...

Pero había un valor positivo, indudable, en estas figuras y en su producción, y la sierpe de la envidia tenía que reservar el veneno por esta vez, reconociendo méritos y normas; y entonces, en el único juzgador que acogía a los postergados, plano de entusiasmo y desinterés, convertíase en amargura lo que en un principio fué virtud y luego sacrificio para imponer un criterio limpio de todo mal.

A Mauclair se debe, y este es tal vez su mérito excelso, no sólo el haber valorado una escuela que en Barbizon na-

cía pujante y arrolladora, sino el haber contenido para el futuro la risa de un público indocto ante todo atrevimiento; el haber creado un respeto para toda iniciación y el fundar esperanzas en cualquier exaltación artística.

Camille Mauclair ha sabido aquilatar sistemas y ha hecho ver cómo las disonancias en el arte no llevan más que a una reacción que, a fin de cuentas, tanto supone como abordar de nuevo la concentración de las ideas lógicas. El artista—ha dicho el maestro—no puede ser mas que individualista, porque tal vez como nadie posee el sentimiento de la justicia estricta, sentimiento que tiene por base su amor al pueblo y su aver-

sión a la burguesía. Inconsciente, insensiblemente, es un enemigo del progreso, porque el progreso es un *comfort*, y el *comfort* no es mas que un ariete que va destruyendo el arte, como de continuo va destruyendo también las costumbres. Por el *comfort* llegan siempre los desequilibrios y se provocan las crisis, crisis y desequilibrios en cuyo fondo se advierte la divergencia entre la evolución mecánica y la espiritual.

Adaptabilidad para toda nueva fase, razonado acogimiento para el innovador, meditado estudio para las teorías más extrañas o destructoras; he aquí el criterio sostenido durante treinta años de trabajo por este infatigable analítico de la belleza. Su pluma ha trazado la silueta del arte universal, como sus juicios han ahondado en la psicología de cada figura, cada canon o cada principio. Y su sensibilidad no se ha circunscrito a expresarse con la frase acerba o con el adjetivo laudatorio, su actitud ha sido pródiga veta y abundoso venero, en el que una grande perspectiva de ideas y amplísima cultura han llevado su imaginación a más amplios confines, y así con singular acierto ha cultivado la poesía, la novela y el teatro, propalando de tal suerte la universalidad de su facultad creadora. Con ello ha demostrado a un tiempo que no era de ese género de fracasados juzgadores, de que Teófilo Gautier afirmaba que se nutrían tan sólo con la savia ajena. No violentando la medida y norma del juicio, ha conseguido afianzar el valor de su fuerza crítica, manteniendo siempre la idea en el fiel de la verdad, despreciando el efecto del momento; y ello le ha valido en ocasiones el dictorio de los impotentes, que luego forzosamente han tenido que rendirse a la evidencia.

Conservando siempre un poderoso

aliento de personalidad, ha mantenido su espíritu al margen de toda influencia, y por tal causa no ha habido en él falsa originalidad creada con premeditada y artificiosa intención. De cada escuela ha entresacado lo utilizable y ha desechado lo perjudicial o inadmisibile, y con tal labor ha realizado su indefinido anhelo de renovación. Sin estridencias ni violentos extremos, Mauclair ha comprendido la frase de que «la estrella Sirio tenía en tiempo de Cicerón un color y ahora tiene otro»; y por no estar yerta jamás su voluntad, sino, por el contrario, dispuesta a recibir nuevas sensaciones, es por lo que ha podido gozarse cada día en una insospechada emoción, y su

ánimo, por ser eterno romero del arte, ha podido cambiarse constantemente, dando ejemplo de su portentosa asimilación para todas las interpretaciones en una producción extraordinaria cojuvenil y cuanmenzada en años do aún el apellido Mauclair no había sustituido al de Faust. Entre las *Sonatinas de Otoño*, que le valieron lugar preferente en el campo simbolista, y los *Principes del Espíritu*, última manifestación de su fina y sutil percepción, queda comprendido un trabajo de

titán expuesto en todos los géneros literarios. En sus libros está condensada la evolución artística mundial, juzgada a través de un temperamento desasido de rencores o torpes influencias. Su palabra ha sido el término equitativo y ponderado que ha tenido poco de adulador favor, y poco de censura cruel. Llegó un punto en que los espíritus inquietos pretendieron poner en evidencia el mal que el maestro señaló para el futuro; pero Mauclair, con el fervor de un convencido, supo esperar los hechos y las palabras que le dieran la razón, y hoy vuelven a quedar como incommovibles, entre los locos avatares, los augurios que el juzgador profetizaba. ¿Qué importan procedimientos, escuelas o normas? Lo esencial es crear belleza, sin buscar pretextos por impotencia o incapacidad. Expresar la visión intuitiva y completa del alma; perseguir la unidad y la armonía, logrando así el verdadero arte, que no es mas que una armonía más perfecta que la que se realiza en el carácter real, y siempre tomando rumbo a lo desconocido y no afirmando jamás *así será toda la vida*, que en cada hombre, en cada *bosque de espesura*, al decir del Rey Sabio, hay una ignorada posibilidad que en muchos, y como nadie, ha sabido adivinar Mauclair.

C. PALENCIA TUBAU

TEATRO EXTRANJERO

LA ORESTIADA EN CAMBRIDGE

DURANTE la pasada temporada teatral, los ingleses han tenido ocasión de asistir a un espectáculo de interés extraordinario. Los miembros de la famosa Universidad de Cambridge han interpretado en el «New Theatre» la trilogía trágica de Esquilo, *La Orestiada*. Desde el carro de guerra, en que aparece cautiva, ha vuelto Casandra a lanzar su voz profética, prediciendo los crímenes que ensangrientan la regia morada de Agamenón, el sombrío palacio de mármol levantado al fondo de la plaza de Argos, en el que fué tejiendo el Destino la más terrible de sus mallas y retorció las vidas en llamaradas de deseo y de venganza. La voz de Casandra ha vuelto a llenar de temerosa confusión el coro de ancianos. El sonoro ruiñer de Troya, conducido cautivo, una vez más ha llamado en su auxilio a Apolo, ante el espanto del hacha empuñada por Clitemnestra para vengar a Ifigenia. Y las palabras fatales de la homicida han vuelto a sonar frías como el filo del arma: «Yo soy la antigua e inexorable venganza.»

La Orestiada permanece siendo la cumbre de la tragedia. Jamás acentos tan violentos se han pronunciado en el teatro. El poderoso aliento trágico del gran poeta nacional y religioso de Grecia sigue estremeciendo a los públicos, aun después de veinticinco siglos. Se cumplen sus palabras, encomendando sus obras al tiempo. Las siete tragedias de Esquilo que quedaron después del incendio de la famosa biblioteca de Alejandría son un carácter verdaderamente eterno y constituyen el más sorprendente monumento del arte teatral. «Gritos desmesurados para nuestra respiración», que modernamente sólo a Gabriel D'Annunzio le ha sido dado escuchar, cuando contempló en Atenas la vasta riqueza funeraria de los atidas: las máscaras de oro, las diademas de hojas de oro, los collares de oro, las espirales de oro, los vasos de oro, los brazaletes de oro, toda la áurea pompa que el Imaginifico hace resplandecer en su «ciudad muerta», y a su reflejo se enciende el incestuoso deseo. La poderosa tragedia griega arroja, al través de los siglos, su terror descomunal, y sus personajes se nos aparecen quizás más gigantescos. Tienen categoría de dioses. El furor trágico los eleva sobre los demás hombres. Aristófanes, en *Las ranas*, reprime sus burlas cuando habla de los personajes de Esquilo, y hace decir a Dionisio: «Considera tú cuáles hombres recibió él (Eurípides) de mí: valerosos de cuatro codos, y no gente que huyera las cargas públicas, ni embajadores que sólo sirvieran para charlar mucho y murmurar y morder en el Agora, sino varones que respiren guerra y armas.»

Orestes es el antecesor de Hamlet. Ambos son el brazo elegido por la Venganza, que les arrastra al crimen. Se pare-

ren de manera extraordinaria; pero Orestes tiene más grandeza trágica. «Como parricida por amor filial, Hamlet es inferior a Orestes», dice Víctor Hugo. En el príncipe dinamarqués, la serpiente que se enrosca y le muerde, es la duda; y en el atrida, es la conciencia. En el personaje de Shakespeare, la terrible lucha estalla antes de que la sangre se derrame; mientras que en el de Esquilo no empieza hasta que descarga el hada sobre Clitemnestra, cuando se le aparecen las Erinas y le hacen lanzar aquellos gritos de terror ante el coro: «Ah, ah! ¡Vedlas, esclavas! ¡Ahí están! ¡Parecen las Gorgonas! ¡Sus vestiduras son negras! ¡En sus cabellos se enroscan multitud de serpientes!» El coro trata de calmarle. «¿Qué imágenes son esas que te trastornan, ¡oh hijo el más cariñoso para su padre? Serénate; no te dejes vencer tan pronto por el terror.» Pero Orestes responde: «No son imaginaciones: son realidades horribles. Son las peras furiosas que vienen a vengar a mi madre.» Aquí es en donde empieza la terrible batalla con la conciencia, cuando Orestes va perseguido por las Furias hasta el templo de Delfos.

Orestes y Hamlet van al crimen empujados. No pertenecen a la clase de los asesinos. En torno de ellos, todo les habla y les acusa, redimiéndoles como instrumentos de venganza. Hamlet escucha la voz del padre asesinado, y Orestes, al pie de la tumba de Agamenón, oye las palabras suplicantes de Electra pidiéndole que ejecute la venganza. ¡En vano resistir! Ninguno de los dos pueden desatender las palabras pronunciadas desde la muerte y junto al sepulcro. Sólo pueden maldecir su destino: «La Naturaleza está en desorden. ¡Suerte execrable! ¡Haber nacido para enmendarla!»

Las representaciones que de *La Orestíada* han dado los miembros de la Universidad de Cambridge debieran tomarse como un alto ejemplo. En los teatros

de Europa se nota la falta de los grandes acontecimientos. Rara vez sube a los escenarios una obra realmente representativa del genio. Se diría que asusta el gran arte y no se quiere entablar relación con él. (Salvemos al «Vieux Colombier», de París.) A la hora actual, cuando precisamente los recursos escenográficos han alcanzado su indudable grado sobresaliente, es incomprensible que no se intenten las representaciones de las tragedias más características. Aquellas formidables tragedias griegas, que son el modelo del arte teatral por excelencia.

En *La Orestíada* se aprecia cuál es el verdadero eje de la intensidad, que ahora tanto se escamotea. Su sentido está en la expresión. Sabido es que los modernos trágicos—A excepción del autor de *La hija de Jorio*, que es el único que no ha olvidado a los griegos, ¿a quién puede darse el calificativo de trágico?—acuden a los recursos, a los efectos inesperados, al movimiento, como a indispensables vendedores de la intensidad. A una disposición, en suma, completamente exterior. Las palabras se talan, en cambio. Desde que se tuvo la deplorable ocurrencia de lanzar el imperativo «Sed sobrios», y por sobriedad se entendió lo que sólo es pobreza, la emoción dramática se ha ido esfumando. No son las palabras lo que sobra, sino, precisamente, lo que falta. En ellas, por ser la expresión de las pasiones, tiembla cuanto de más hondo y de más humano puede cobrar calor de vida en el arte.

Si han de volver a sonar los acentos extraordinarios de aquellos «hombres de cuatro codos», es preciso una reivindicación del verbo. «La palabra es el fundamento de toda obra de arte que tiende a la perfección», ha dicho en «El Fuego» Gabriel D'Annunzio. Ningunas raíces tan vivificadoras como esas venas inexhaustas de las poderosas tragedias griegas. Por el verbo se retiene el interés, aunque el suceso esté descubierto antes de ocurrir. Por la expresión, algo

oculto acecha y espera. En *La Orestíada*, la voz reveladora de Casandra descubre al coro la tragedia que amenaza.

—«¿Qué es lo que se está meditando? ¿Qué nueva maldad es esta que se prepara bajo ese techo? Crimen grande, odiosísimo, contra la propia sangre.» «¿Cómo te atreves a consumir ese crimen? Vas a hacer entrar en el baño al esposo que comparte tu lecho; le vas a lavar tú misma; y... ¿Cómo decir lo demás? Ello va a suceder muy pronto. ¡Ya tiende la mano sobre su víctima una y otra vez.» «Digo que vais a ver la muerte de Agamenón.» Así descubre Casandra cuanto va a ocurrir, y, no obstante, no pierden grandeza trágica los acontecimientos. Es porque la emoción no está colocada en la sorpresa, sino en las palabras, palabras más terribles aún que la sangre que se vierte.

Y ¿no debe ser ahora cuando los dramaturgos cuiden más de la expresión? Frente al teatro se ha levantado el cinematógrafo, y en vano se tratará de competir con él por medio del dinamismo. El cinematógrafo dispone de medios más favorables para la diversidad de lugares, para los cambios continuos. En cambio, no puede alcanzar la expresión. ¿No será, por lo tanto, un vivo ejemplo de que el sentido, el fundamento del teatro, está en la expresión?

Palabras hacen falta; pero palabras hondas. ¿Qué autores de hoy podrían sostener la intensidad dramática si previamente se descubriera el suceso? Y esto es por la falta de palabras reveladoras de cuanto más íntimo y humano palpita.

Las representaciones de *La Orestíada* no deben pasar perdidas, sino tremolarse como una bandera a cuya sombra, eterna y magnífica, se levante el edificio de la moderna dramática, tan desmayada y desviada del verdadero rumbo, el que deja tras sí la estela gloriosa de la inmortalidad.

José CASTELLÓN

LECTURAS

Bajo el título de *Ideas* ha publicado Don Constantino Suárez, «Españolito», diversos artículos que vieron la luz en *El Diario Español*, de la Habana.

A la par que este libro, ha dado al público el Sr. Suárez una novela de amores, titulada *Doña Caprichos*.

Cuidadosamente editado por la casa Pueyo, se ha puesto a la venta *Plantel de inválidos*, un tomo de cinco interesantes novelitas, originales de César Falcón.

El tomo correspondiente a junio de la artística revista *Raza española* es tan interesante como todos los publicados, y está dedicado casi en su totalidad a la condesa de Pardo Bazán.

Novedades de MUNDO LATINO

	Pesetas.
Spitteler.—IMAGO, novela, premio Nobel.	5
Verlaine.—LUISA LECKERG, 3.º de obras completas.	4
«Caballero Audaz».—EL DIVINO PECADO, novelas.	5
José Francés.—LA ESTATUA DE CARNE, novelas.	4,50
Andicoberry.—TARTARIN EN MADRID, novela.	4
Guido da Verona.—LA QUE NO SE DEBE AMAR, novela.	

Novelas de aventuras

Edmond Casal.—OTRO HOMBRE INVISIBLE, novela.	3
Luis Chadourne.—EL DUEÑO DEL NAVIO, novela.	3

LA NOVELA UNIVERSAL, 1 pta. 160 páginas. Balzac, EL MUERTO VIVIENTE. A. Musset, MIMI PINZON. Carlos Nodier, INES DE LA SIERRA. A. Grignery, LOS AMORES DE ARAMIS. Sorprendente colección por su presentación, por lo escogido y ameno de su lectura. Se publicarán varios tomos mensuales.—Librerías, estaciones y Yagués, Caballero de Gracia, 28. Envío reembolso.



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

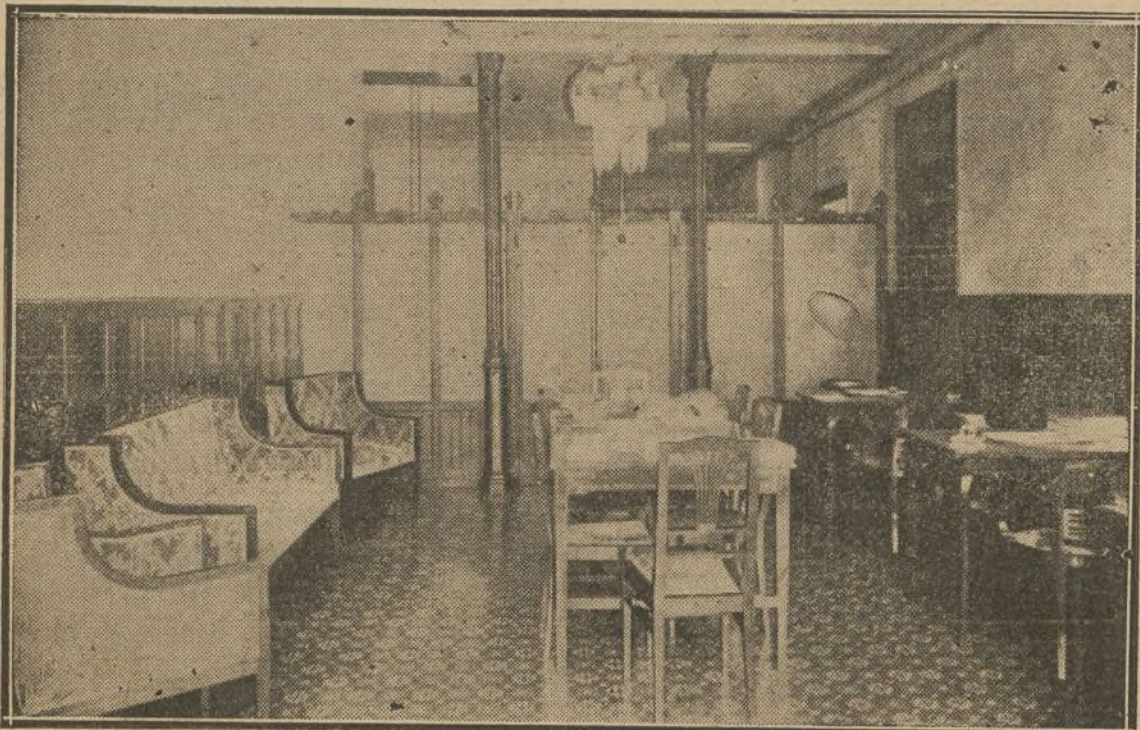
BÓVEDA (LUGO)

Ayuntamiento de Madrid

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del escritorio del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

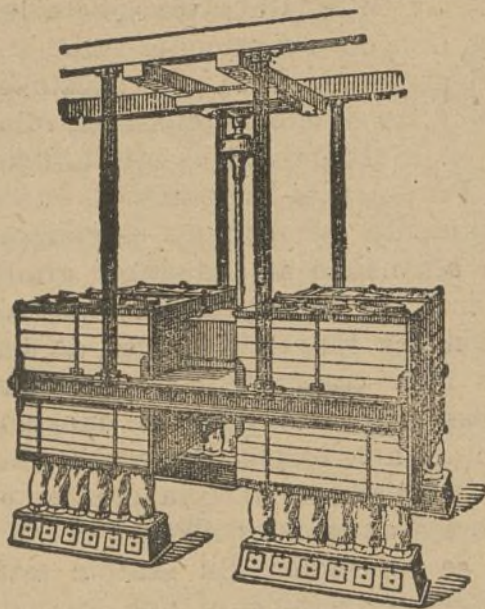
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =



BÜHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36

MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.

Fábricas de Pastas Alimenticias.

Fábricas de Malte y de Cerveza.

Tejerías Mecánicas.

Fábricas de Ladrillos sílico-calcareos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de

FÁBRICAS DE HARINAS

CON MODERNO DIAGRAMA

::::: PIDANSE CATÁLOGOS Y OFERTAS :::::

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías; 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



CARLOS COPPEL



FABRICA DE RELOJES
FUENCARRAL 27 MADRID

Único depósito de los relojes de precisión.MZA.

Exposición permanente de relojes de pared y sobremesa.

CERTIFICADO DE GARANTIA
CON CADA RELOJ